

Educación familiar y correccional en la trayectoria biográfica de un joven falangista valenciano: 1913–1939

Javier Bascuñán Cortés

Universidad de Valencia

1. Consideraciones metodológicas

Unas memorias manuscritas, redactadas en la soledad de su celda entre los primeros días de febrero y los primeros días de marzo de 1929, escritas con pluma estilográfica en papel apaisado de dieciocho por quince centímetros, le sirven a un joven valenciano que todavía no había cumplido los dieciséis años de edad, ingresado por sus padres en la Escuela de Reforma de Santa Rita, para expresar sus vivencias en aquel centro de reforma para jóvenes gestionado por los Terciarios Capuchinos. Son 12 cuartillas escritas por ambas caras, 24 carillas manuscritas, que integran las memorias inéditas de Luis María referidas a su vida en dicho centro de educación correccional. No son los únicos documentos que Luis María, sus familiares, y sus amistades, dejaron en legado, ya que las memorias reseñadas forman parte de un conjunto integrado por 4.980 carillas manuscritas correspondientes a 1.333 documentos personales naturales inéditos, amén de por otros muchos fragmentos de textos y todo tipo de documentos: carnés de partidos políticos, documentación oficial, fotografías, etc.

Aproximadamente el 59% de dichos documentos están fechados entre 1884 y 1939, y el resto entre 1940 y 1955. Todos ellos pertenecieron a uno de los fundadores de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas valencianas y en ellos se narran, con todo lujo de detalles, las vivencias de Luis María y de algunos de sus familiares, así como las de algunos *camisas viejas* valencianos y madrileños con los que Luis María mantuvo estrechos contactos antes, durante y después de la Guerra Civil. No sin motivo Luis María fue uno de los procesados en el Sumario número 102, de 1937, conocido en Valencia con el nom-

bre de *El de la Quinta Columna*, organización ésta a la cual perteneció como miembro de la organización clandestina de la Falange valenciana en la zona de Levante, hasta que logró evadirse de la zona republicana. En la amplia documentación reseñada es posible rastrear sin dificultad cuáles fueron los modelos de educación familiar que condujeron a Luis María a situaciones próximas a la exclusión social, abocándole al ingreso en la Escuela de Reforma de Santa Rita.

Pero tan inusual cúmulo de documentos no sólo permite el análisis de dichas influencias educativas familiares, sino que también facilita el análisis del modelo de educación correccional aplicado por los Terciarios Capuchinos, en 1929, en la citada Escuela de Reforma madrileña, sita en Carabanchel Bajo. Aunque escritas por un menor de edad en plena adolescencia, el análisis del contenido de las memorias escritas en la Escuela de Reforma de Santa Rita permite identificar en la tarea educadora amigoniana, tal como la describe Luis María, reminiscencias alusivas a las recomendaciones de Jeremy Bentham, el “teórico iconoclasta y reformador de prisiones” (J. Friedmann, 2001, p. 75). Y ello, no porque la Escuela de Santa Rita estuviese construida, como el panóptico de Bentham, en forma de rueda, de tal modo “que el director del establecimiento, desde su residencia, alojada en el centro del edificio, pudiese custodiar y vigilar los actos de todos los que estaban sometidos a su autoridad” (R. G. Gettell, 1937, pp. 171–172), sino porque sin necesidad de semejante construcción, en la Escuela de Santa Rita la vigilancia de los educadores sobre los internos se hacía igualmente omnipresente, al menos, si nos atenemos al relato de las memorias de Luis María escritas durante su estancia en el centro. Ese “efecto moralizador de la vigilancia” (Violeta Núñez, 1990, p. 97) también subyace como rasgo característico de la pedagogía correccional amigoniana, por lo que se hace inevitable la alusión a Michel Foucault, autor éste que nos invita a reflexionar sobre los complejos mecanismos que el ojo del poder utiliza, observándolo todo, controlándolo todo, sometiéndolo todo al control de la mirada (M. Foucault, 1976, 1980). No menos evidente en el contenido del modelo de educación correccional amigoniana son las continuas referencias, en las memorias de Luis María, a los mecanismos de interrelación personal presentes en la Escuela de Reforma de Santa Rita, relaciones éstas que tanto le interesaron a Erving Goffman (1994), relaciones interpersonales que enmarcadas en el escenario de las macroinstituciones, con tanto rigor analítico se dedicó a describir e interpretar el autor de *Internados*.

Las memorias de Luis María en la Escuela de Reforma, en suma, nos muestran a un adolescente observado por la mirada atenta de sus educadores, en guardia casi constante, pendiente de causar la buena impresión necesaria para contentar a sus custodios, pendiente de saber qué hacer para intentar someterse a las rígidas normas del centro, pero pendiente también de descubrir las estrategias necesarias para oponerse a las normas vigentes, pendiente igualmente de comprobar el resultado de las estrategias de chantaje afectivo a las que recurrió para intentar manipular a sus progenitores y a sus educadores. En definitiva, constituyen, pues, una muestra práctica de las posibilidades del enfoque dramático goffmiano aplicado al análisis del modelo de educación correccional amigoniano, permitiendo el análisis pormenorizado de los complejos mecanismos puestos en juego, en la Escuela de Reforma de Santa Rita, para la corrección moral de los jóvenes: obediencia, privación de posesiones y objetos personales, control de movimientos (espa-

cios restringidos, celdas especiales), incomunicación, vigilancia, intromisiones en la privacidad, etc.

2. La educación familiar de un adolescente en riesgo de exclusión social

La historia de vida de Luis María es la de un adolescente en riesgo de exclusión social no por las carencias económicas, sociales y culturales de su entorno familiar, sino por todo lo contrario, esto es, por el exceso de sobreprotección y permisividad en que se desarrollaron su infancia y su primera adolescencia. Luis María tuvo la fortuna de nacer, en 1913, en el seno de una familia en la que existía el precedente de un bisabuelo materno que alcanzó la presidencia de una Diputación Provincial y la Jefatura Económica de una provincia, el cargo de Gobernador interino de la misma provincia y electo en otra, y otros altos honores. Su abuelo materno ejerció la profesión de abogado tanto por cuenta propia como en calidad de funcionario en el Ayuntamiento de una importante ciudad valenciana. Y su propio padre era un médico valenciano que ejerció su profesión por cuenta propia hasta sus últimos días. Se aunaban en su familia, pues, dos tradiciones profesionales propias de la sociedad liberal que le vio nacer, la del profesional que ejerce en la Administración, forma de inserción laboral que “adquiere relevancia creciente y formas definidas de integración conforme avanza el proceso de reconstrucción del aparato estatal y se decanta un más elaborado criterio de las funciones del Estado burgués”; y la del profesional liberal, modelo de ejercicio profesional propio de aquellos que “colocan sus conocimientos cualificados en un mercado libre de trabajo donde, teóricamente, la iniciativa, la preparación y la competencia (genuinos valores del individualismo burgués) marcan el norte del éxito o del fracaso” (F. Villacorta Baños, 1980, p. 141). De modo que Luis María había nacido en el marco de una familia típica de la clase media de la Restauración, de aquella clase media que “fracasada en su formación económica y en su organización política”, “falta de cohesión” y “sin el aglutinante de los intereses”, se desparramaba “en todas las direcciones del Presupuesto”, de aquella clase media en la que los hombres inteligentes y ambiciosos “en vez de aspirar a dirigir el movimiento político”, “tuvieron que resignarse a formar en las clientelas de los partidos tur-nantes en el poder, con la esperanza de llegar a ser algún día gestores bien retribuidos de los intereses dominantes”, de aquella clase media, “intermedia”, definida por algunos autores como “más cursi que ambiciosa” (A. de Albornoz, 1920, pp. 7–8, citado en F. Villacorta Baños, 1980).

En aquella acomodada familia valenciana de clase media debió caer como una bendición el nacimiento del primer y único vástago, pero no menos trascendencia hubo de suponer en la familia extensa materna el carácter exclusivo de ese nacimiento por tratarse, para ellos, del primer y único nieto y también del primer y único sobrino. Luis María fue creciendo y cursó estudios en su primer colegio, el Colegio de San José de Valencia, regentado por los Jesuitas. Del análisis de la correspondencia mantenida por Luis María con sus familiares durante esa etapa de los primeros años escolares es posible desprender algunos rasgos de su carácter, rasgos que en inseparable conjunción con otras circunstancias no tardarían en ocasionarle serios problemas. Ya en aquellos años felices Luis María se mostraba como un niño empeñado en superar a los demás, en situarse por de-

lante de los otros sin importar a qué precio. También se mostraba como un niño dispuesto a vivir por encima de sus posibilidades, dispuesto a endeudarse con sus familiares, si era necesario, para satisfacer sus caprichos. Hacía ostentación, igualmente, de una coquetería, vanidad y presunción sin límites. Por último, parecía acostumbrado a tratar a los superiores como iguales, mostrando un inusitado afán de dominio y de superioridad. Nada importante, sin embargo, si poco después de aquellos primeros años felices, dos separaciones matrimoniales, primero la de su tía materna, y al poco la de sus propios padres, no lo hubiesen dejado bajo la custodia de su madre, pasando a convivir en el domicilio de sus abuelos maternos tanto con éstos, como con su madre y la hermana de ésta, la cual no había tenido hijos en su fracasado matrimonio. Ambas, madre y tía materna, le enseñaron a Luis María, el camino del orgullo, otra de las notas sobresalientes de su carácter.

Seguramente sin pretenderlo, quienes educaron a Luis María cometieron el error de pretender decirle lo que tenía que hacer sin darse cuenta que ellos mismos hacían lo contrario que predicaban, recomendándole además que aprendiese de ellos, de su ejemplo. La paradoja estaba servida; desde ese momento, y seguramente desde mucho antes, pues una separación matrimonial siempre supone la culminación de un enfrentamiento largo tiempo latente, Luis María debió aprender que debía *amar a unos y odiar a otros*. Desde la perspectiva de la familia materna el padre era el modelo *malo*, el modelo *incorrecto*, el modelo que había que *corregir*; el modelo *bueno*, el modelo *correcto*, el modelo a *imitar*, debía ser el de la madre. Y a la inversa vistas las cosas desde el otro lado de la familia. ¡Como si en el terreno de los afectos fuese posible realizar tan tajante y precisa escisión! Y Luis María, fiel a las enseñanzas recibidas, aprendió justamente lo que se le enseñó: *a amar a unos y a odiar a otros*, como se tendrá oportunidad de comprobar en su posterior trayectoria biográfica. La consecuencia inmediata de la separación de sus padres fue el cambio de colegio de Luis María, que pasaría, desde entonces, a cursar el bachillerato elemental en régimen de internado en otro colegio religioso ubicado en un municipio relativamente alejado de la ciudad de Valencia. La decisión del cambio de colegio fue la primera de una serie de disputas entre sus progenitores, pues su padre no la compartía. Pero para que ese cambio de colegio se produjese tuvieron que darse también otras circunstancias: malos resultados académicos, mal comportamiento escolar, etc., que también coadyuvaron a dicho traslado.

Tanto la separación legal de sus padres, como la separación física de sus progenitores derivada de la residencia de Luis María en el nuevo colegio, permitieron incorporar al padre de Luis María a la relación de personas que se cartearon con él. Su padre le mostrará en sus cartas valores como la *abnegación*, la *resignación*, el *sacrificio* y la *fe en un ideal*. Lástima que ese ideal quería representarlo el propio padre, el que se mostraba como modelo, un modelo que al mismo tiempo que era cuestionado por la madre y por la tía materna, quedaba en entredicho por el propio Luis María, el que no podía considerarlo sino paradójico, por contradictorio entre el *decir* y el *actuar* de su progenitor. El padre de Luis María reforzaba, sin pretenderlo también, la tendencia que ya hemos visto se daba en la familia materna, pero en el sentido inverso: la de situarse él como *bueno* frente al presunto *malo* a despreciar, la contraparte de la relación conyugal fracasada. El padre de Luis María le presentará a su hijo la vida como *lucha*, como *sacrificio*, como algo que si

en las circunstancias que vivían se admitía que *estaba mal*, había que consolarse pensando que *todavía podría estar peor*. Poco podía imaginar el padre de Luis María el carácter de profecía autocumplida que tendrían sus palabras. Los consejos del padre a su hijo dejan entrever las ideas pedagógicas de una persona culta pero afectivamente distante: portarse bien como inversión de futuro; sembrar hoy para recoger mañana; premiar los buenos resultados escolares; castigar los malos resultados escolares; alabar la docilidad y la obediencia; fomentar el sentido del ahorro; reconocer los buenos propósitos y agradecer la satisfacción de los deseos paternos; alentar la humildad y las expresiones de afecto como forma de conseguir el reconocimiento ajeno. Pero junto a dichos principios educativos paternos, más o menos admisibles desde el punto de vista de la pedagogía tradicional, consejos que buscaban orientar a Luis María hacia comportamientos socialmente aceptables, también se formularon otros que encerraban mensajes, mandatos paternos cargados de una gran fuerza emocional, no tan fácilmente admisibles. Así, el padre incitará a su hijo a *portarse como un hombrecito* en busca de la aprobación ajena. Parece trivial, pero el mensaje: *debes ser un hombrecito*, encierra una idea clara cargada de exigencias: no seas niño, crece rápido, renuncia a expresar las necesidades emocionales del momento en el que vives, vive de cara a los demás mostrándote como no eres.

Del mismo modo, la incitación a *portarse bien* como *muestra de cariño*, encierra un aprendizaje en la sustitución de las emociones auténticas por falsas emociones, en este caso, la exigencia de utilizar el logro como sustitutivo de una más auténtica expresión de afecto. Igualmente, el mensaje: *sólo tú eres el único consuelo de mi vida*, incluye un contenido oculto, latente: la exigencia de situar en Luis María la satisfacción de las necesidades emotivas de su padre, y no a la inversa, como en buena lógica debiera suceder. Por último, y para no extenderse hasta la saciedad, en el consejo: *dame gusto y hazme feliz en compensación a lo que yo sufro por ti*, se encierra una llamada a saldar una deuda pendiente en el balance de la relación paterno filial creando vínculos y ataduras que nada tienen que ver con una auténtica relación de afecto, pues es el padre el que reclama consuelo de su hijo en lugar de consolarlo. Y como telón de fondo, la separación de los padres de Luis María, una separación frente a la que ambos progenitores reaccionaron convirtiendo la relación con su hijo en nuevo y permanente motivo de disputas. Así, y mientras suponemos se resolvían los trámites judiciales de la separación, ambos progenitores confiaban, no en que quedasen satisfechas del mejor modo posible las necesidades de Luis María, sino en que la justicia fuese capaz de dar a cada cual *su merecido*.

3. La educación correccional en la Escuela de Reforma de Santa Rita

La Escuela de Reforma de Santa Rita fue el primer centro de reforma para jóvenes regentado por la congregación de los Terciarios Capuchinos. De hecho, los Terciarios Capuchinos se hicieron cargo de dicho centro en 1890, esto es, el año siguiente al de la fundación de la congregación por el valenciano Luis Amigó y Ferrer, natural de Massamagrell. Desde casi sus comienzos Santa Rita se convirtió en un centro de corrección paternal en el que apenas ingresaban menores sujetos a medidas gubernativas (Félix Santolaria, 2000, p. 311). Y ello a pesar que tales centros de reforma –como se había previsto en la Ley de 4 de enero de 1883, a la que aluden Irene Palacio y Cándido Ruíz

(2002, pp. 105-106)– tenían, como destinatarios de sus medidas educativas correccionales, a menores sujetos tanto a corrección paternal como a corrección gubernativa y judicial. A dicho respecto pues, a Luis María le fue de aplicación lo dispuesto en el apartado 2º del artículo 155 del Código Civil de 1889, en el que se señalaba que el padre, y en su defecto la madre, tenían, respecto de sus hijos no emancipados, “la facultad de corregirlos y castigarlos moderadamente” (Redacción de la *Revista de los Tribunales*, 1930, p. 137). Luis María, como la mayoría de los internos en Santa Rita, era uno más de los “hijos rebeldes de familias acomodadas, que abonaban sus estancias” en la Escuela (Félix Santolaria, 2000, p. 312); esa es la mejor forma de definir el perfil de los jóvenes residentes en la Escuela de Reforma, la mayoría de los cuales, como Luis María, gozaban de merecida fama de “chicos calavera”.

La Escuela de Reforma de Santa Rita en la que ingresó Luis María, sin embargo, y afortunadamente para él, distaba mucho, en 1929, de los planteamientos pedagógicos correccionales fundacionales; distaba mucho de aquella primera escuela de corrección paternal que habían sido llamados a gestionar los Terciarios Capuchinos a los pocos meses de su fundación, pues frente al convencimiento inicial de que el trabajo manual, y particularmente el agrícola, constituía un medio extraordinario de recuperación para los internos, los amigonianos se apresuraron a cambiar las iniciales terapias de tipo laboral y agrícola por otras de estudio, más acordes con la índole de los niños y jóvenes atendidos. Y así, a través de las memorias de Luis María podemos comprobar que en la misma Escuela de Reforma, en 1929, como ya había venido sucediendo en otros centros de educación correccional dirigidos por los Terciarios Capuchinos, diseñados a imagen y semejanza del de Santa Rita, se había adoptado el régimen de estudio en sustitución del de trabajo manual y agrícola. Se fomentó, incluso, la enseñanza individualizada y especializada, buscando para ello profesorado adecuado. Y se fue suavizando el mismo régimen disciplinario, aunque sin llegar a suprimirse la etapa inicial del aislamiento provisional (Juan Antonio Vives Aguilera, 2000).

Aislado en la soledad de su celda, privado de todo contacto con el exterior de la escuela durante el primer mes de aislamiento provisional, el primero de su estancia en la Escuela de Reforma, Luis María tuvo mucho tiempo para escribir. Una larga socialización en el hábito de la escritura, común en los jóvenes de su generación, lo incitó a seguir escribiendo durante el resto de sus días. Así que cabe imaginar poco. ¿Cuáles son los motivos que le condujeron allí? El mismo Luis María, en otras memorias, escritas posteriormente, nos dará su propia explicación de los motivos de su ingreso en aquel correccional: debido a la separación de sus padres, que él atribuía a una relación extraconyugal de su progenitor, había crecido queriendo a unos y odiando a otros; empezó a frecuentar los cabarets y las casas de juego, procurando que se enterasen sus padres; y lo anterior, unido a sus dificultades para finalizar con éxito los estudios de bachillerato, lo condujeron al ingreso en la Escuela de Santa Rita. Había actuado, como no podía ser de otro modo, tal como se le había enseñado a actuar, siendo fiel a las enseñanzas recibidas. Y su familia, más concretamente su madre, con el apoyo de su familia extensa, siendo fiel igualmente a lo que a su vez había aprendido en su propia familia, reaccionó como en esa familia se sabía debían ser tratados esos problemas: encargando a otros que corrigiesen lo que en el marco familiar no habían sido capaces de evitar que sucediese. Fue su ma-

dre, con la que Luis María ya sabemos convivía tras la separación de sus padres, la que cansada del libertinaje de su hijo decidió que la Escuela de Reforma de Santa Rita era el mejor lugar para reorientar su educación, asentándola sobre bases y principios mucho más estrictos, sacrificándose por su bien. Además de corregir su comportamiento la madre pretendía, con el ingreso de su hijo en dicha Escuela, que Luis María pudiese, ¡por fin!, acabar el grado elemental del bachillerato, algo que ni ella, quizá demasiado involu-crada con su hijo, ni cuantos lo educaron, habían podido conseguir.

El padre de Luis María, aunque no tomó la decisión de internar a su hijo en un co-rreccional, la compartió, pues se encontraba al tanto de las trapacerías de su hijo; pero no pudo dejar de aprovechar tal decisión materna para hacerle entender a Luis María que por desoír sus sabios consejos se encontraba en semejante situación, culpabilizándolo por el hecho de amargarles la existencia y recalcando que dejaba el asunto de su corrección en manos de su madre, puesto que él no podía hacer otra cosa. En cualquier caso tuvieron que utilizar el poco ortodoxo principio educativo de mentirle a su hijo sobre el ver-dadero motivo del imprevisto viaje a Madrid. Sólo de ese modo pudieron contar con la colaboración de Luis María para que les acompañase en el viaje que, insospechadamen-te, le condujo a ingresar en la Escuela de Reforma de Santa Rita. Él mismo nos cuenta, en sus memorias escritas en su celda de Santa Rita, la tremenda y desagradable sorpresa que recibió al ver a su madre dispuesta a abandonarlo en aquella escuela. Hay un dato importante que puede permitir entender la decisión de la madre de Luis María: en la fam-ilia materna ya existía el precedente de haberse tomado idéntica decisión, pues el her-mano de la madre de Luis María ya había sido alumno de la Escuela de Santa Rita tan sólo catorce años atrás, habiendo recibido educación correccional por motivos semejan-tes a los que habían conducido a su sobrino a la misma situación.

La madre de Luis María, al tomar la decisión de ingresar a su hijo en Santa Rita, ac-tuó conforme a lo aprendido en su familia de origen con su hermano y con sus propios padres. La madre de Luis María había aprendido cómo pueden los padres crear un pro-blema que luego deberán tratar de resolver otros. Ella ya conocía el camino que condu-cía a generar un problema familiar que debería ser solucionado en la Escuela de Refor-ma de Santa Rita, sólo tenía que seguirlo; y lo hizo, pues aplicó con su hijo las mismas soluciones que sus padres habían aplicado con su hermano. En realidad, todos los impli-cados en la decisión hacían lo correcto, cada cual desde su propio punto de vista. Y lo co-rrecto no podía consistir sino en aplicar las soluciones conocidas, sólo tenían que volver a hacer lo que habían *vivido*, lo que habían *aprendido* en sus propias familias. Sin pre-tenderlo, todos los implicados en la decisión de ingresar a Luis María en el centro de co-rrección habían seguido caminos ya trazados en sus respectivas familias, igual que todos habían creado problemas que en esas familias eran imprescindibles para tener que recu-rrir a soluciones semejantes...

Recurriendo a las memorias escritas por Luis María en su celda durante los primeros días de estancia en la Escuela de Santa Rita, podemos reconstruir, bastante fielmente, no sólo los pensamientos que vinieron a su mente y las emociones experimentadas en aquel lugar, sino también algunas de las directrices pedagógicas y organizativas que regían la vida de los internos en aquel centro. Luis María describe perfectamente, en sus escritos, la sensación que tuvo: había pasado a ser una posesión de la Escuela, dejando de disfru-

tar de cualquier autonomía sobre sí mismo para quedar a la absoluta merced de sus reformadores.

La despedida abrupta de la realidad exterior marcaba el punto de ruptura con el antes y el después del ingreso en la Escuela; sin miramientos, sin solución de continuidad entre el afuera y el adentro, se producía un corte abrupto que suponía el fin de todo contacto con el mundo exterior. Todo estaba organizado en la Escuela para hacer que el corrigiendo perdiera todo contacto con el mundo exterior, sabiéndose inevitablemente obligado a depender, en todo y para todo, de la voluntad de sus educadores. Dicha sensación de aislamiento, de enajenamiento de la realidad exterior, era tan fuerte, tan intensa, que llevaba a Luis María a valorar, a agradecer, incluso cualquier leve manifestación, cualquier leve indicio que le permitiese constatar que fuera de los muros de Santa Rita seguía existiendo otro mundo, el que él acababa de abandonar en contra de su voluntad, ayudándole a recordar, y a añorar, la perdida libertad. A dicha sensación de aislamiento, de extrañamiento, de pérdida de la posibilidad de cualquier contacto con el mundo exterior contribuían: la desposesión de cualquier objeto personal, el hecho de tener que ser conducido por otros para trasladarse en las instalaciones del centro, la presencia de rejas, la uniformidad de los corrigiendos, etc. Las largas horas de reclusión en la celda debieron hacerse interminables a Luis María, acostumbrado a condiciones de vida bastante distintas.

El carácter de macroinstitución de la Escuela de Reforma de Santa Rita, lo mismo que las características arquitectónicas del edificio, un caserón inmenso, también contribuían a reforzar la sensación de pequeñez de los corrigiendos, algunos de los cuales, como Luis María, estaban acostumbrados a condiciones de vida mucho menos espartanas. La sensación de absoluta pérdida de cualquier posibilidad de autonomía quedaba reforzada por los horarios, unos horarios que estructuraban rígidamente la totalidad de la jornada de los internos marcándoles las actividades posibles en cada momento, actividades sabiamente dosificadas que se intercalaban con períodos de encierro en la más completa soledad. También contribuía a reforzar esa sensación de dependencia el hecho de que cualquier actividad quedase sometida a la atenta mirada de los educadores, y el hecho, no menos significativo, de la arbitrariedad con la que los educadores podían disponer del tiempo de los corrigiendos, permitiéndoles o impidiéndoles, al libre albedrío de los educadores, salir o entrar, hacer o no hacer tal o cual actividad, etc. Muy pronto Luis María se supo a merced de sus reformadores, aunque no terminaba de creerse la firmeza de la decisión adoptada por su madre. Pero si difícil es saberse observado cuando uno no lo desea, más lo es creerse observado, no saber si realmente uno está siendo, o no, sometido a la vigilancia y al control ajeno, obligando al observado a acostumbrarse a disimular sus verdaderos sentimientos, emociones o estados de ánimo. La rutina, la terrible rutina de los rígidos horarios, alternando las clausuras con otras actividades convenientemente prefijadas, se le debieron hacer insoportables, pues insistía Luis María en describirlas una y otra vez en su diario, cada vez con mayor detalle y perfección debido a su cada vez mejor conocimiento del funcionamiento del centro. Así que dejó escrita de la terrible rutina de los horarios:

“...A las 6.15 levantarse. 6.45 Misa. 7.30 desayuno. 8 a 9 hacer la cama, barrer la habitación, y limpiar el lavabo y el orinal. 9 a 11.30 encierro. 11.30 recreo. 12 comida. 12.30 recreo. 1.15 a 2 encierro. 2 a

3 gimnasia (cuando lo permite el tiempo). 3 a 5.30 encierro. 5.30 merienda y recreo hasta las 6. 6 a 7.45 encierro. 7.45 Rosario. 8 cena. 8.30 recreo. 9 a dormir”.

La propia distribución de la Escuela, con la existencia de espacios comunes de acceso permitido y de espacios de acceso restringido, las celdas, la alta tapia que rodeaba los patios, contribuían también a hacer efectiva dicha sensación de aislamiento, de incomunicación con el mundo exterior, un mundo exterior que sin embargo se intuía a través del sonido del trasiego de los autos, carros y tranvías, sonidos que se convertían, así, en el único asidero al que aferrarse para no perder, del todo, la sensación de que más allá de las paredes del centro la vida exterior seguía existiendo y transcurriendo por sus cauces habituales aunque sin la presencia de los internos. Luis María dibujó un croquis de la Escuela y anotó la distribución de los espacios que conocía:

“Nº. 1 Puerta que da a la escalera de los alumnos. Nº. 2 Celdas. Nº. 3 Dos rinconeras con sendas mesas y ventanas donde pasamos los recreos cuando llueve. Nº. 4 Pasillo. Nº. 5 Puerta de cristales. Nº. 6 Retretes. Nº. 7 Grifos para enjuagar orinal y jofaina. Nº. 8 Celdas. Nº. 9 Comedor. Nº. 10 Sitio en que como yo. Nº. 11 Mi celda.”

Tanto la incomunicación –el aislamiento más absoluto, la falta de todo contacto e información procedente del medio exterior, y también la imposibilidad de transmitir noticias desde el interior de la Escuela– como los horarios rígidamente estructurados, todo ello al arbitrio de los educadores, debían contribuir a reforzar la sensación de fuerte dependencia, la sensación de encontrarse a merced de los otros, unos otros en quienes quedaban depositadas, sin consentimiento propio, todas las decisiones concernientes a uno mismo, desde las más básicas hasta las más complejas. No existía punto de ruptura alguna entre diferentes momentos de la vida del centro, no había ningún paréntesis que marcara la existencia de algún momento o espacio de evasión de la rutina, con lo que las actividades cotidianas, y con ellas absolutamente todos los momentos de todos los días, quedaban convertidas en una monótona sucesión de períodos, todos de equivalente y homogéneo contenido. Recluido en la soledad de su celda Luis María tuvo mucho tiempo para escribir, pues obligado a elegir entre la disyuntiva de leer *La Guía de Pecadores*, del P. Fr. Luis de Granada, o *El Catecismo*, del P. Ripalda, supo elegir, como corresponde, por la tercera alternativa no propuesta, escapando así del dilema que se le pretendía imponer, de modo que escribió y entretuvo su mente como forma de encontrar alivio a su angustioso aislamiento, resignándose, no obstante, a estudiar también *El Catecismo*, lo que muestra que empezaba a comprender las reglas del centro. Aderécese todo lo anterior, además, con la ausencia de cualquier asomo o atisbo de solidaridad en el grupo de iguales y con la ausencia de perspectivas de retorno inmediato al hogar familiar, así como con la negación de cualquier información relativa al tiempo de duración de la estancia en el centro.

En dicha situación cualquier forma de resistencia sólo podía acabar en el sometimiento. Y Luis María resistió todo lo que pudo, pues le gustaba jugar a los héroes, un juego al que años más tarde tendría oportunidad de jugar a mayor nivel, aunque en circunstancias distintas que, no por diferentes, dejaban de guardar cierta similitud con su actual situación. Le gustaba arriesgar, y el juego del heroísmo es un juego al que, por otra parte, tampoco se suele jugar a solas, y en Santa Rita no le faltaron compañeros para seguirle en sus fantasías de fugas y de rebeliones. Más allá de tales fantasías Luis María te-

nía una estrategia real, dirigida a demostrarle a su madre que no podía seguir allí; el objetivo de su estrategia empezaba y acababa en su madre; pretendía tocar su fibra más sensible para conseguir obtener la vuelta a su domicilio familiar. Equivocadamente, creyó que jugando con su propia salud podría conseguir el objetivo de ablandar a su madre, pero el éxito de su estrategia requería la comunicación con su familia. Todavía ignoraba que los educadores retenían su correspondencia y se la hacían llegar a sus destinatarios, o no, sólo cuando ellos lo consideraban oportuno. Cuando descubrió lo que sucedía, la incomunicación con su familia, la carencia absoluta de información llegó a hacérsele insostenible. Así que en su febril y desocupada imaginación tramaba planes y más planes, a cual más absurdo, con el secreto objetivo de consumir el chantaje afectivo con el que pensaba someter a sus deseos tanto a su madre como a los educadores del centro. No comer era una estrategia fácil, menos arriesgada que algunas de las fantasías que también pasaron por su mente, como los planes de huida. Pero a juzgar por la respuesta que obtuvo de los educadores, una cordial indiferencia, no debía ser muy inusual dicha forma de resistencia, ni tampoco demasiado difícil, para los avezados educadores, prever el pronto sometimiento, pues el mismo Luis María cedió con facilidad, a pesar de sus intenciones en sentido contrario, ante la más mínima presión tendente a inducirlo a quebrantar su voluntario ayuno. Así que no tardó en claudicar, pues en aquel entorno, en aquel contexto, en aquellas circunstancias, sólo cabía una solución: someterse.

En realidad, a pesar de los aparatosos intentos de Luis María por fingir resistencia, su voluntad se había quebrado muy pronto, desde los primeros días del ingreso en aquella escuela. Desde los primeros momentos de su ingreso se agarró al único asidero que se le ofrecía, al único modo de romper la soledad: aceptar el apoyo afectivo brindado por los educadores, apoyo en el que no resulta difícil entrever una estrategia emocional clásica, la de la alternancia de roles. El primer mes de estancia en Santa Rita empezaba a dar sus primeros frutos, y Luis María comprendió que sólo había una salida: la de estudiar y cumplir el objetivo de aprobar todas las asignaturas que le quedaban pendientes. Así que finalizó la fase más dura de su encierro y pasó a integrarse, con el resto de sus compañeros de escuela, entre aquellos que, como él, habían decidido salir de allí adaptándose a las exigencias de estudio y buen comportamiento necesarias. Sólo entonces volvió Luis María a mostrar su verdadero carácter.

Creyéndose superior a los otros jóvenes y adolescentes con los que compartía la vida en el centro, no dudó en juzgarlos como vulgares, pues aunque él también estaba allí, lo suyo era un accidente, él no pertenecía a ese mundo, él era distinto, mejor, más culto, más educado, más rico, de mejor familia..., o al menos, así se comportaba y así se expresaba, como si tales supuestos fuesen verdades absolutas e indiscutibles. En aquella nueva sección de la Escuela pudo, incluso, y ¡por fin!, recibir visitas, aunque sólo se tratase de la de unos muy buenos amigos de la familia de su madre. Pero incluso durante aquella primera y deseada visita, después del largo período de incomunicación recientemente vivido, Luis María mostrará uno de sus rasgos más característicos y que tantas dificultades tuvo que causarle en años posteriores: la incapacidad para expresar afecto, para mostrar sus verdaderos sentimientos; prefería enmascarar sus emociones auténticas, negándose, así, cualquier posible bienestar derivado del contacto interpersonal que, por otro lado, tanto

necesitaba. Sólo a posteriori, una vez racionalizadas sus reacciones, caía en la cuenta de lo absurdo de sus actitudes frente a los que apreciaba.

El traslado a esa nueva sección también suponía la posibilidad de poder realizar salidas, salidas que debían suponer un auténtico alivio en aquel ambiente absolutamente cerrado, aunque se tratase de salidas condicionadas que se concedían por portarse bien, por obtener buenos resultados, etc. Dichas salidas requerían, además, el permiso paterno, o el materno en el caso de Luis María, realizándose los jueves y domingos. No obstante, poco a poco, muy poco a poco, Luis María fue capaz de mostrar arrepentimiento. Ese arrepentimiento se nutrió del recuerdo de su vida anterior a la entrada en la Escuela, recuerdos que comparaba con su situación presente, y ante el desolador balance negativo, lo animaban a corregirse. Aunque tarde, Luis María tuvo conciencia de haber actuado mal, pero se trataba de una conciencia que necesita del castigo, de la disciplina, para actuar como tal, pues se mostraba incapaz de servirse de ella, de su conciencia de haber actuado mal, cuando la ocasión lo requería; sólo a posteriori, a la vista de los resultados de sus malas acciones, Luis María caía en la cuenta de que debía haberlas evitado, algo que nunca sucedía en el momento preciso, sino siempre con posterioridad a los hechos y cuando lo acaecido ya no tenía remedio, cuando ya no existía otra solución que el tener que soportar las consecuencias de su inmaduro proceder. Mal debió pasarlo viéndose obligado a lavar el piso de su celda; pero todavía peor debió sentirse viéndose obligado a prescindir de cualquier signo externo de presunción, teniendo que renunciar a su vanidad y coquetería. Pero logró superar la prueba, y el 27 de junio de 1929 salió de la Escuela de Reforma de Santa Rita para pasar las vacaciones en casa de su madre, y ya nunca volvió a regresar..., al menos..., a ese mismo centro de reforma.

4. El medio ambiente social que condujo a Luis María a abrazar la ideología falangista

Durante el tiempo que duró la estancia de Luis María en la Escuela de Reforma de Santa Rita las cartas de sus familiares insisten en algunos de los consejos, principios educativos, máximas y recomendaciones, que ya hemos visto acompañaron también sus primeros años de vida, y entre éstos, los siguientes: tú, pórtate bien para que todos te quieran...; reza, cumple con tu deber, estudia mucho, sé cariñoso y un hombre de provecho...; procura ser amigo de los buenos, domina tu carácter, sé bueno...; sé humilde, respetuoso, obediente y estudioso... haznos caso... sigue nuestro ejemplo...; dicen que querer es poder...; sé constante, estudia, esfuérzate, que mejor será la recompensa...; aprovecha el tiempo, estudia cuanto puedas, sigue el camino del bien... Pero de nuevo, y frente a dichos buenos deseos, recomendaciones y consejos, más o menos saludables, por socialmente aceptables, también aparecen en la correspondencia de su familia durante este período, otros contenidos, con pretensiones igualmente aleccionadoras, pero mucho más discutibles, con los que se vino a incrementar el ya pesado lastre arrastrado por Luis María: nosotros te hemos querido más que tú a nosotros...; el reformatorio era la medicina que tú necesitabas...; siéntete culpable por no haber correspondido a los sacrificios de tu madre...; si el verdadero cariño es sólo sacrificio, corresponde a los muchos que nos cuestan...; tú debes ser el consuelo y la alegría de tu madre, que no conoce otros medios para

proporcionársela...; cumple para pagar los sacrificios que nos cuestas, hazte digno de mi, que yo nunca fallé...; sufres inmerecidamente porque seguramente hay alguien al que le interesa que te portes mal: ¡ demuéstrale que eres un hombre!...; ¡ojalá! nos equivoquemos, pero tenemos tan pocas esperanzas depositadas en ti...; tienes que estudiar, como tu abuelo, para evitar ser un “trabajador”

Demasiado tarde, Luis María, como otros muchos señoritos de la época, ya no prestaba atención a los consejos de su familia, sino que imbuido en el ambiente social de su clase, de su sociedad, y de su época, se aproximó paulatinamente, después de su salida de la Escuela de Reforma de Santa Rita, a la moda de las ideologías fascistas que triunfaban en Europa. La vida como milicia, la sobriedad, la veracidad, la alegría, la cortesía, el orgullo, la violencia..., rasgos todos ellos que José Antonio preconizara como notas características del modo de ser falangista, del estilo propio del falangista, encajaban muy bien con algunos de los rasgos del carácter, aprendido y aprehendido, de Luis María, el cual, siempre en pos de un ideal –de relación, de vida, de trabajo, de perfección–, quiso evadirse de una realidad, su propia realidad –la de su familia, la de su clase, la de su sociedad, la de su época–, en la que le costaba reconocerse. Y en el grupo de iguales, en aquel grupo de señoritos jonsistas y falangistas de los de la primera hora de la Falange valenciana, encontró un cauce adecuado de expresión para tales inquietudes. Luis María, enrolado como infiltrado en el ejército republicano, conoció nuevos períodos de reclusión –en la checa de Santa Úrsula de Valencia, en la Cárcel Modelo de Valencia–, logró esquivar una condena a muerte, logró escapar de la zona republicana, se enroló en el ejército franquista con el que hizo su entrada triunfal en Valencia, militó en la facción más radical del falangismo valenciano..., pero nunca logró escapara a la atenta mirada del ojo del poder, nunca logró sustraerse al pesado lastre de las influencias educativas y socializadoras que marcaron su existencia.

5. Referencias

- Autor Anónimo (Luis María). *Documentos manuscritos y mecanografiados sin publicar*. 4.980 Carillas manuscritas (pliegos en diferentes formatos la mayoría de los cuales tienen el tamaño de un folio plegado por la mitad) correspondientes a 1.333 documentos personales naturales inéditos –de los que aproximadamente el 59% están fechados entre 1884 y 1939, y el resto entre 1940 y 1955– amén de otros muchos fragmentos de textos y otro tipo de documentos no incluidos en la contabilidad anterior. Archivo personal del autor.
- De Albornoz, A. (1920). La proletarización de la clase media. En *España* 261, 7-8.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y Castigar*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1980). El ojo del poder. Entrevista con Michel Foucault. En Bentham, J. *El Panóptico*. Barcelona: La piqueta.
- Friedmann, J. (2001). *Planificación en el ámbito público*. Madrid: INAP.
- Gettell, R. G. (1937). *Historia de las ideas políticas*. Tomo II. Barcelona: Editorial Labor.
- Goffman, E. (1994). *Internados: ensayos sobre la situación social de lo enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Núñez Pérez, Violeta (1990). *Modelos de educación social en la época contemporánea*. Barcelona: PPU.
- Palacio Lis, I. y Ruíz Rodrigo, C. (2002). *Redimir la inocencia. Historia, marginación infantil y educación protectora*. Universitat de València.
- Santolaria, F. (2000). *Marginación y Educación. Historia de la Educación Social en la España Moderna y Contemporánea*. Barcelona: Ariel.
- Villacorta Baños, F. (1980). *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal. 1808-1931*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores. S. A.
- Redacción de la Revista de los Tribunales (1930). *Código Civil Español*. Editorial Gón-gora. Madrid.
- Vives Aguilera, Juan Antonio (2000). *El Colegio de San Hermenegildo de Dos Hermanas. Historia de un centenario en tres etapas. Texto de la conferencia pronunciada por el P. D. José Antonio Vives dentro de los actos llevados a cabo con motivo de la celebración del Centenario del Colegio*. Noviembre de 2000. Extraído el 26 de enero de 2009 desde: http://www.juntadeandalucia.es/averroes/san_hermenegildo/vives.htm